

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Por FERNANDO MOSQUERA SILVÉN

«Lo que pasa en el mundo no sucede por accidente, hay quienes se encargan de que ocurra.»

DENIS HEALEY, *ex ministro de Defensa del Reino Unido.*

Aunque la pretensión inicial al abordar esta *Monografía* sobre la evolución del liderazgo hegemónico mundial en el horizonte de los próximos 25 años era el realizar un análisis prospectivo, desafortunadamente no ha sido posible por dos razones principales, la primera, de naturaleza material, consistente en la falta de los recursos necesarios para abordar un estudio de la complejidad y entidad de un análisis de esa envergadura; la segunda razón era de naturaleza académica, al considerar el panorama geopolítico, estratégico y económico del momento presente que se vislumbra cada vez más complejo, por lo que no permitía seguir las pautas que gobiernan normalmente la realización de un análisis prospectivo con un fundamento sólido.

Generalmente, la Prospectiva utiliza como base inicial de sus estudios las tendencias conocidas en el momento de iniciar sus análisis. Dada la situación actual de total incertidumbre y de ausencia de tendencias al haberse producido una ruptura significativa en el contexto internacional, casi simultáneamente en dos ámbitos de especial transcendencia en el devenir mundial, uno económico y el otro geopolítico y estratégico, que han interrumpido y distorsionado las tendencias existentes produciendo discontinuidades, y que, previsiblemente, originen una remodelación de

la situación geoestratégica, es muy difícil evaluar cuál será el escenario final. Es por ello que hemos limitado el alcance de esta *Monografía* a un análisis de las opciones de multipolaridad que se pueden entrever en el horizonte temporal que hemos fijado.

Actualmente nos encontramos todavía en una fase inicial de confusión generalizada, originada por la convulsión inesperada que ha tenido lugar, que no facilita el poder percibir con una mínima claridad cuando se va alcanzar una cierta estabilidad en la economía mundial y en los países musulmanes involucrados en la denominada «primavera árabe».

La crisis financiera de Estados Unidos, que se inició en el año 2007 con la deuda *subprime*, afectó rápidamente a otros países, especialmente a los de la Unión Europea, poniendo al descubierto la debilidad de sus economías y de sus sistemas financieros, con una gran dependencia exterior, en particular actualmente de China, que condiciona en alguna medida su capacidad de liderazgo mundial.

Por otra parte, el 17 de diciembre de 2010, repentinamente, sin aviso previo y sin que ningún servicio de inteligencia alertara sobre lo que iba a suceder, se produce un maremoto con epicentro en las inmediaciones de Túnez que abrió la «caja de Pandora» y provocó una oleada gigantesca de insurrección en los países musulmanes. Esta ola se propagó rápidamente a todo lo largo del mar Mediterráneo y, parcialmente, al mar Rojo y al golfo Pérsico, e incluso a países del interior como Jordania, que influirá sin duda en el panorama geopolítico de la región.

Esta ruptura geopolítica y geoestratégica inesperada, ha puesto de manifiesto una cierta debilidad en el liderazgo de Estados Unidos, que no ha querido ejercerlo para tratar de reconducir la situación creada y, en particular, en la intervención aprobada por la Organización de Naciones Unidas y dirigida por la Organización del Tratado del Atlántico Norte, para cambiar el régimen político existente en Libia, dando la impresión de no parecer interesarles la situación generada y sus posibles consecuencias. Pero más evidente todavía ha sido la falta de liderazgo en dicha intervención de la Unión Europea, considerada como entidad política única, en la que se ha puesto de manifiesto una vez más la división en su seno en materia de política exterior, ejerciendo el liderazgo en este conflicto Francia y Reino Unido.

Inexorablemente, a lo largo de los siglos la Historia nos muestra que los imperios, o poderes, hegemonía de expansión y dominio, sufren un des-

gaste en su ímpetu inicial, unido al económico, que les lleva a ceder, al menos parcialmente, su primacía de poder.

Las causas de que esto suceda pueden ser muy diversas, y pueden concatenarse más de una, como son: pérdida del empuje inicial, falta de liderazgo, pérdida de valores y adocenamiento, aparición de un nuevo poder oponente decidido a disputar o competir con el que estaba establecido, dificultades económicas, etc.

El declive de Estados Unidos se puede considerar que tiene su origen en el atentado del 11 de septiembre de 2001 (11-S), que alentó una sobreactuación por su parte al sentirse heridos en su orgullo patrio y como medio de garantizar su Seguridad Nacional interna ante un enemigo evanescente, de los calificados como actores no estatales, sin patria ni suelo concreto que les permite llevar a cabo ataques asimétricos de carácter terrorista, difíciles de prevenir y contrarrestar.

Las guerras de Irak y Afganistán, originadas en parte como reacción al ataque anterior, han ocasionado a Estados Unidos, después de 10 años de conflicto, un deterioro substancial tanto económico como militar y diplomático, que han contribuido a producir un menoscabo en su hegemonía y a un debilitamiento de su capacidad de liderazgo mundial, lo que está auspiciando un proceso de reordenamiento geopolítico y geoestratégico a nivel global.

A ello se suma la irrupción de los países emergentes, con una importante dimensión en sus poblaciones, disponiendo de grandes recursos en materias primas y que han sabido entrar de lleno en el nuevo orden económico y tecnológico, gozando de elevadas tasas de crecimiento y una expansión espectacular de sus áreas de influencia. Todo esto les alienta a pretender participar con voz propia en el concierto internacional y compartir en alguna medida la hegemonía mundial ostentada por Estados Unidos desde la caída de la Unión Soviética.

No obstante lo anterior, a pesar del declive relativo en la hegemonía mundial de Estados Unidos, principalmente en su capacidad de influencia económica y política, continuarán siendo el actor global principal, manteniendo asimismo su puesto dominante como poder militar, y han expresado en numerosas ocasiones su firme decisión de continuar ejerciendo su liderazgo mundial (1), aunque tendrán que compartir en alguna

(1) National Security Strategy, mayo de 2010, en: http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf U.S. Quadrennial Defense

medida su hegemonía actual con los poderes existentes y los emergentes, y ampliar su panoplia actual de alianzas y acuerdos de cooperación para ejercer el papel de arbitraje mundial. Estados Unidos podría ejercer un nuevo modelo de liderazgo de carácter compartido, aunque reservándose la preeminencia y manteniendo la capacidad de actuar unilateral y decisivamente cuando pueda estar afectada la Seguridad Nacional. En el caso de los problemas que, aun siendo de importancia para los intereses y valores de Estados Unidos no son problemas que les afecten unilateralmente, su tarea será movilizar a la comunidad internacional para la acción colectiva, creando las condiciones y coaliciones para que otros también actúen y asuman su parte de carga y paguen su parte de los costes (2).

En consecuencia con lo anterior, como expone Jesús Argumosa Pila en el capítulo dedicado a Estados Unidos en esta *Monografía*, es previsible que en el primer tercio del presente siglo se consolide la transición del mundo unipolar del que partimos, con el poder hegemónico de los Estados Unidos, a un mundo multipolar, donde sería el primero entre iguales, con el establecimiento de un equilibrio de poder mundial compartido con otros centros de poder, unos ya existentes como la Unión Europea, Rusia y Japón y otros emergentes como China, de manera destacada, India y Brasil.

Esta multipolaridad se considera que estará caracterizada especialmente por la multilateralidad, la interdependencia y los factores geopolíticos compartidos.

Para que Estados Unidos pueda ejercer la primacía del liderazgo en esta hegemonía compartida, será preciso que estreche fuertemente los vínculos de cooperación y asociación con sus socios y aliados, entre los que se encuentran: la Unión Europea, Japón, India y Brasil, ampliándolos en alguna medida a otros poderes como: China y Rusia, compartiendo determinados factores geopolíticos.

La multipolaridad podría llegar a estar estructurada en varios niveles polares de ámbito regional, cada uno de ellos integrado por un polo de

Review Report, febrero de 2010, en: http://www.defense.gov/qdr/images/QDR_as_of_12Feb10_1000.pdf

(2) Conferencia del presidente Obama en la National Defense University, 28 de marzo de 2011, en: <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/03/28/remarks-president-address-nation-libya>

primer orden y varios de segundo bajo la tutela de uno de primer orden: Estados Unidos, China, India, Rusia, Unión Europea, Japón y Brasil.

En definitiva, Estados Unidos, a finales del primer tercio del siglo XXI, estará en condiciones de instaurar el modelo geopolítico de liderazgo global multipolar expuesto. Es verdad que la cuestión central de este liderazgo reside en que el pueblo norteamericano quiera continuar implantando un orden internacional, pero también es cierto que los demás centros de poder no estarán en condiciones de hacerlo.

Confirmando esta vocación de liderazgo, Barak Obama, el pasado 11 de septiembre, aniversario del 11-S, manifestaba:

«Como presidente, he dirigido mis esfuerzos a renovar la cooperación mundial necesaria para responder a los retos que afrontamos. Mediante una nueva era de participación, hemos establecido alianzas basadas en intereses mutuos... a los países y a las personas que desean un futuro de paz y prosperidad, les digo que tienen un socio en Estados Unidos... mi país continuará desempeñando un papel de liderazgo.»

En línea con lo anterior, existe un amplio consenso en cuanto a que, en el nuevo contexto mundial, se está produciendo un desplazamiento del poder global y del centro de gravedad estratégico desde Estados Unidos y Europa hacia Asia, como un indicio de la transición de un sistema global unipolar hacia otro multipolar. A lo anterior se podría decir que el océano Pacífico ha reemplazado al Atlántico como eje fundamental de la actividad económica mundial.

Como expone Carlos Echeverría Jesús en el capítulo dedicado a Asia de esta *Monografía*, Asia está bien situada como región en términos de posicionamiento de los polos mundiales más dinámicos en el horizonte de las próximas décadas. En el escenario de la cuenca del océano Pacífico van a concurrir por un lado Estados Unidos que, como se ha expuesto anteriormente, se prevé que mantenga su estatus de superpotencia con proyección global y, en consecuencia, firmemente asentada en ella en términos militares, económico-comerciales, político-diplomáticos y tecnológicos; y en el otro margen del Pacífico-China, que se prevé que sea la gran potencia y el principal polo que Estados Unidos compartirá en dicho escenario. No obstante, en términos militares, y a pesar de los notables avances en el área económica de China, no es previsible que consiga alcanzar a Estados Unidos en términos cualitativos dada la enorme diferencia hoy existente entre ambos actores.

Por otro lado, China concurrirá también en escenarios terrestres (Asia Central y subcontinente indio) y marítimos, con el otro polo emergente en la región: la India. En cuanto a Japón, el no estar siendo capaz de superar los problemas que afectan a su economía, le han hecho perder posiciones en el tablero regional y global, pero sus capacidades tanto humanas como económicas y tecnológicas permiten prever que seguirá jugando un papel importante en el horizonte temporal fijado para esta *Monografía*.

Sin embargo, a pesar del extraordinario desarrollo económico actual de China, y algo menor de India, y sus tendencias, junto con su influencia como actores globales, no tienen garantizada su continuidad dada la importancia de los desafíos a los que tienen que hacer frente para poder asentarse como verdaderos polos de poder. Es muy probable que el ritmo de crecimiento económico no se pueda mantener por mucho tiempo, lo que haría que las expectativas de mejora del nivel de vida de la población –renta, sanidad, educación, etc.– se desvanecieran en alguna medida, y no se pudieran reducir significativamente las diferencias existentes actualmente entre ricos y pobres, y entre las diferentes regiones, que traerían posiblemente consigo conflictos sociales. Otras cuestiones que pueden afectar a su consolidación como poder dominante, podrían ser la dependencia energética que puede dificultar su desarrollo, su gran dependencia económica del exterior, los problemas medioambientales, el envejecimiento de la población en el caso de China, y la corrupción.

Por otra parte, las tensiones existentes entre algunos países asiáticos por cuestiones todavía no resueltas y la inestabilidad de otros, pueden afectar negativamente a la seguridad regional y a las posibilidades de desarrollo y expansión de China e India.

Todo lo anterior hace que no se tenga la seguridad de que los ejes geoestratégicos del presente siglo giren definitivamente hacia Asia, y si alguna gran potencia asiática, especialmente China, va a poder alcanzar el estatus de potencia hegemónica mundial, capaz de equilibrar en alguna medida el liderazgo de Estados Unidos.

Cambiando de continente, no hay duda de que Europa, y más concretamente la Unión Europea, por su capacidad económica, demográfica y tecnológica, su cultura e historia, deberían ser un candidato incuestionable para ocupar un puesto principal en el concierto hegemónico mundial y constituir un polo de poder en ese mundo multipolar que se vislumbra.

Sin embargo, debido a su especial estatus por el que no constituye una nación real única, no es una Nación-Estado sino un conjunto de ellas unidas por un tratado político, su influencia en el contexto internacional está muy mermada dada su talla política actual, carente de una política exterior y de defensa claramente establecida y apoyada unánimemente por todos los Estados miembros, con una voz única en el concierto mundial, a lo que se unen los problemas económicos derivados de la crisis mundial, que han puesto de manifiesto la debilidad de su política fiscal.

Como manifiesta Federico Yaniz Velasco en el capítulo dedicado a Europa, la falta de cohesión política entre sus miembros y la existencia de fuertes intereses nacionales con aspiraciones globales de algunos países europeos, condicionan el desarrollo de la Unión Europea más allá del campo económico y normalizador de la producción y el consumo, pudiendo ser, asimismo, un actor en algunos aspectos relacionados con la seguridad y la ayuda humanitaria.

No es de esperar que la Unión Europea que se perfila en el entorno de los próximos 25 años sea capaz de lograr el grado de unión política que se requiere para poder ser una potencia global; no sólo por lo expuesto anteriormente sino por el hecho de que la Unión Europea no parece dispuesta a asumir los costes que serían necesarios para desarrollar la Europa de la Defensa antes del año 2035, a lo que hay que añadir que carece de suficientes recursos energéticos propios y a que se enfrenta en los próximos años a una grave inestabilidad social provocada, entre otras causas, por la difícil integración de los inmigrantes establecidos y por la llegada incontrolada de nuevos inmigrantes, si no se toman medidas para evitarlo. La catástrofe demográfica causada por una muy baja natalidad de la población autóctona complica y seguirá complicando las decisiones en política migratoria.

Al estudiar cuáles son los posibles actores futuros en el probable espacio multipolar del poder mundial, no podemos soslayar América Latina como otra de las regiones de la que puede emanar un nuevo polo de poder. En ella se perfilan dos candidatos principales: Brasil y México, los dos mayores países de la zona, destacando el primero ya que forma parte de la categoría de países emergentes por su señalado desarrollo económico actual.

No obstante, como expone Carlos Malamud Rikles en el capítulo dedicado a América Latina, su presencia global es escasa, y lo más probable

es que lo seguirá siendo en el horizonte temporal adoptado para este estudio; a lo que se une el hecho de que, aun cuando Brasil esté pugando por conseguir un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, debería reforzar su vocación de convertirse en una potencia regional, ya que de otra forma limitaría su condición de actor global.

Se considera que, para que América Latina se convierta en el futuro en un actor global importante sería preciso el afianzamiento del liderazgo regional de Brasil o México, o de los dos simultáneamente, a lo que se debería añadir el desarrollo de una política regional concertada a cargo de ambos Gobiernos y una mayor involucración en la agenda internacional, junto con un gasto militar más activo, que permita combinar *soft power* con *hard power*, especialmente en una defensa más eficaz de los ingentes recursos materiales existentes en América Latina.

Para completar este análisis de las opciones de multipolaridad que pueden derivarse en el futuro escenario global de la situación mundial actual, se ha estimado oportuno incluir un apartado sobre la energía y los recursos naturales, al considerar que son factores esenciales para el desarrollo económico de un país, condición necesaria, aunque no suficiente, para ostentar la categoría de potencia global, y para la producción de los medios que requieren las Fuerzas Armadas, que contribuyen a la consolidación de esa categoría.

En el estudio realizado a este respecto, se ha tratado de inferir si la situación actual de la energía y los recursos naturales, o su desarrollo previsible en el entorno de los Veinticinco. Del análisis realizado se puede deducir que, en el periodo de 25 años que finaliza en el año 2035, tanto las reservas de las principales fuentes de energía como de los minerales estratégicos básicos, van a ser suficientes para satisfacer la demanda mundial de los mismos, aun cuando ésta experimente el crecimiento previsto en ese periodo. No obstante, podría presentarse alguna escasez temporal ocasionada por una reducción transitoria de la producción, originada por diversas causas, y producirse alguna tensión debida a conductas abusivas en su mercado.

En síntesis, se podría decir que, después del largo periodo de bipolaridad ejercida por Estados Unidos y Rusia, que favoreció una situación de relativa estabilidad aunque con un equilibrio muy delicado, el colapso de esta última al final de la década de los años ochenta propició que

Estados Unidos se erigiera en el líder mundial indiscutible, instaurando de esta manera un mundo unipolar global, dominado, en cierta medida, por una sola potencia. Sin embargo, el ejercicio de este liderazgo hegemónico le ha ocasionado un desgaste evidente tanto económico como militar y diplomático, induciendo un menoscabo en su hegemonía y un debilitamiento en su capacidad de liderazgo mundial. No obstante, como han manifestado en diversas ocasiones están dispuestos a seguir ejerciendo el liderazgo mundial, pero compartido en alguna medida, por razones económicas y políticas con sus aliados.

En este escenario, y con la irrupción de nuevas potencias, se considera verosímil que se produzca una nueva distribución del poder global, aunque es difícil predecir su conformación final dada la complejidad de la situación actual, tanto de orden económico como geoestratégico.

Se contempla como la hipótesis más plausible que Estados Unidos permanezca como el poder militar dominante, pero debilitado en su capacidad económica y política, dejando de actuar como superpotencia en solitario, aunque continuará siendo el actor global principal, pero compartiendo en alguna medida su hegemonía con los poderes existentes y los emergentes, en aplicación de lo que se podría llamar liderazgo distribuido o compartido. Esta situación se considera que, muy probablemente, podría desembocar a corto plazo en una nueva bipolaridad, derivando finalmente en un sistema multipolar donde prevalecería la multilateralidad, con características regionales, y la interdependencia. En la fase bipolar, está ampliamente aceptado que China sería el posible candidato indiscutible a compartir y moderar la hegemonía de Estados Unidos.